

García del Rey (D. Mariano)

Ca 4032(4)

Discurso

escrito para el
ejercicio del Doctorado
en la

Facultad de Medicina
por el Licenciado

Mariano García del Rey.

Octubre 1875.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5316692463

Tema:

De las fiebres intermitentes.

Juicio y reforma

acerca de su tratamiento.

6 19186940

Ylmo. Señores.

Vuestros grande benevolencia que confío, es quizá la única circunstancia que me alienta a emprender un trabajo para el que mis fuerzas son débiles, pues que para llevarlo á cabo he de llevarlo brotar de un tan escaso conjunto de conocimientos científico-literarios como mi mente, poco retocada aún por el pincel de la experiencia.

Existe sin embargo en mí un deseo y este deseo supone un deber ineludible: mi deseo es optar al grado de Doctor; mi deber, escribir un discurso, deber reglamentario, y aunque para ello no me creo con las dotes necesarias, habrán de ser

2. Más á estas mi buen deseo de ha-
cerlo del modo más digno que me
sea posible.

Hecha para mi esta a-
claración animadora y necesaria, voy á
permitir á mi pluma desahogarse por
el ancho campo de la medicina é in-
ternarse en uno de sus más oscuros
é intrincados laberintos, como lo es sin
duda alguna el punto que me sirve
de tema y al cual doy principio.

De las fiebres intermitentes: etiología; síntomas; pro-
nóstico; tratamiento.

En los países pantanosos,
reinan endémicamente las llamadas fie-
bres intermitentes, en mayor ó menor abun-
dancia, según en más ó menos favorables
circunstancias se hallan á la descomposi-
ción de los vegetales muertos contenidos
en los pantanos, cuya descomposición da
lugar al despreñamiento de una sustan-
cia deletérea llamada miasma palú-
dico ó malaria que aparece en la
atmósfera, infectando por medio de
la respiración el organismo humano.

3. No es esto absoluto, pues conocemos pa-
íses eminentemente pantanosos, en los que
apenas conocen las fiebres intermiten-
tes, al par que supren este axote
otros que se hallan en opuestas con-
diciones; pero si es lo general encontrar
esta endemia en los países pantano-
sos y bajos, de preferencia á los de
contrarias circunstancias, siendo al me-
nos la teoría hoy reinante (que
tal vez la historia se encargue de
metamorfosar) y la cual hace con-
sistir esas emanaciones pantanosas,
los miasmas palúdicos, en seres or-
ganizados vivos, vegetales de una
organización inferior, sin embargo
de que, hasta hoy nadie ha po-
dido probar esta inferioridad or-
gánica si nadie aun ha llegado
á percibir con su vista este micro-
parásito. Pero como quiero que sea

y toda vez que no pretendo yo
desvanecer la gran oscuridad que
ent este asunto, siendo por otro la-
do un hecho la existencia de este

4) padecimiento, cualquiera que sea su causa productora, si bien oscura, no por eso habremos de dejar de trabajar para destruir sus efectos, previniendo de todo lo demás, tan discutido y tan discutible. Así pues, y ya que no me es dado tratar este asunto si no á la ligera, por no ser el objeto principal de mi tema, pasaré desde luego á definir y clasificar su enfermedad que para éste he escogido.

En su acepción más general, la fiebre, es un estado patológico caracterizado por la aceleración del pulso y aumento del calor animal; Durante largo tiempo ha sido considerada la fiebre como una afección esencial constituyendo por sí misma una enfermedad susceptible de complicarse con todas las demás; hoy no se tiene ya esta creencia y se distinguen las fiebres en esenciales y

5)

simptomáticas, diferentes entre sí, porque mientras que las sintomáticas acompañan á las inflamaciones externas ó internas, las esenciales fueran miradas como independientes de los órganos y calificadas de entidades por Broussais, atribuyéndolas á la inflamación de la mucosa gastro-intestinal; efectivamente, entidades eran, en cuanto no se las veía al estado fisiológico del cuerpo, pero no constituían gastro-enteritis y no puede verse en esta proposición de Broussais, sino una atrevida hipótesis por la que, hacia entrar esta parte de la patología en la fisiología patológica: «por que todo estado patológico, consiste precisamente, en el desorden de los órganos, de los tejidos, de los humores ó de las funciones.

Las fiebres, tanpoco son flegmasias y de éstas se distinguen por un carácter especial y es: que mientras en las flegmasias la fibrina de la sangre aumenta, en las fiebres por el contrario, disminuye.

6) No soy yo el llamado a esclarecer estas ideas, por lo cual, y para no hacerme demasiado pesado, pasaré por alto las consideraciones que esto me sugiere, diciendo que las fiebres se han dividido en tres grupos distintos: 1.º Fiebres efémeras; 2.º Fiebres intermitentes, remitentes y pseudo-continuas y 3.º Fiebres continuas.

Las fiebres intermitentes son las que han de ocuparme y me limitaré por lo tanto a ellas, diciendo que se da este nombre a un estado patológico caracterizado por un movimiento febril que se presenta por accesos con intervalos regulares, durante los cuales las funciones vuelven completa o casi completamente a su estado normal, yendo acompañada dicha afección de una lesión especial del cerebro. — El acceso o paroxismo de una fiebre intermitente, se compone de tres periodos ó es-

7) tados que son: 1.º el estado de frío que principia casi siempre por un sentimiento de debilidad y de laxitud; los enfermos suelen bostezar y presentar parestesias; a esto se añade pronto una sensación de escalofríos que más tarde constituyen un frío continuo que obliga a los enfermos a abrigarse cuanto les es posible y suele excitar a los miembros de un temblor involuntario, agitación de los labios, carótidos de dientes y muchas veces se agita en la cama de uno a otro lado todo el cuerpo; al empezar este estado se le venen: una intensa cefalalgia, opresión del pecho y aumento de los movimientos respiratorios, por lo que la palabra se hace confusa y entrecortada; suena también el paciente una gran molestia de peso en el hipocondrio izquierdo, debida sin duda a la inyección del cerebro, demostrada por la anatomía patológica. Al mismo tiempo la piel del tronco y de las extremidades toma el aspecto de la de gallina, presentándose, en fin,

8. un cuadro tan completo de la sensación de verdadero frío, que hace sentirse por simpatía á los que observan al enfermo, y que sin embargo el calor general de éste no se halla disminuido. - El pulso se hace frecuente y pequeño; aumenta generalmente la secreción urinaria, siendo la orina clara y de un peso específico ligero.

De este cuadro de síntomas, para el enfermo se manifiesta una manera insensible, al 2.º estadio ó de calor en el que empiezan á sentirse primeramente llamaradas de calor, pasajeras, y poco á poco van constituyendo un calor continuo; la cefalalgia se hace más intensa, encontrándose los enfermos muy agitados y presentándose amellas secas, en los sujetos nerviosos, un estado de subdelirio, ó bien caen en el de un estupor ligero; la disnea aumenta; y el calor, aumentado al principio en la periferia del

9. cuerpo y en la sangre, llega á su máximo sosteniéndose al mismo nivel hasta el fin de este estadio en que empieza á descender lentamente; este estadio es de una duración variable según los individuos y según la intensidad de la afección, estancado no obstante al parecer en varias directas de la duración del frío.

El tercer estadio ó de sudor, se manifiesta por la paulatina decreción del calor sofocante que antes se sentía, y que se va poniendo moderado. La piel de la frente y axilas, madura á que sucede una moderada transpiración general y gradualmente un sudor copioso también de duración variable.

El enfermo empieza á encontrarse más aliviado; la cefalalgia disminuye hasta desaparecer, la cabeza se despeja, cesa la opresión al pecho volviendo á su estado normal la frecuencia y profundidad de los movimientos respiratorios y

10. El pulso se hace de frecuencia normal, lleno y blando. - Al fin de este estadio el cuerpo recobra su calor habitual; entonces el enfermo, ya tranquilo, suele ca-
er en un sueño apacible, del que sale en un estado de debilidad y abatimiento marcados, pero que no le privan sin embargo de sentir un relativo bienestar. —

Este es, á grandes rasgos trazado el orden general de un acceso de fiebre intermitente, llamándose fiebre completa, cuando estos tres estadios se presentan bien pronunciados; é incompleta cuando falta alguno de ellos ó solo llega á indicarse ligeramente.

Hay tambien casos, aunque raros, en que los estadios no siguen este orden general, terminando el acceso, por ejemplo, con el estadio del frio, en cuyo caso recibe el nombre de acceso

11. de tipo inverso. — La mayor ó menor frecuencia de los accesos, constituye las diferentes tipos de fiebres intermitentes que se conocen con los nombres de cuotidianas, tercianas y cuartanas, segun que respectivamente son los accesos diarios, alternos, ó cada tres dias.

— El pronóstico de las fiebres intermitentes en general, suele ser favorable en las estaciones de primavera y otoño, haciéndose más rebeldes cuando se presentan en el invierno. La fiebre intermitente puede hacerse perniciosa y se llama así cuando se complica con síntomas graves por parte de los principales órganos de la economía; no sabemos si es debida esta complicacion á que los miasmas son más deletéreos, ó á que existe en el sujeto una predisposicion á propósito á determinarla; El tipo terciana suele ser el más comun de

12. la forma perniciosa; cuando esta tiene lugar, hay un fenómeno grave que da una forma particular á la fiebre intermitente ocultando ó dominando sus síntomas que suelen presentarse con grande intensidad; este síntoma grave puede ser de carácter cardialgico, pneumónico, sincopal, torporoso, &c. &c.

Otras veces la fiebre intermitente puede degenerar en una caquexia palúdica, tórnica y apirética, bien por q. el venasoma ejerza un acción sostenida sobre el organismo, ó ya por que exista una lesión orgánica que la sostenga, como suele ser la congestión del haxof. P.

Por último: en las fiebres intermitentes es muy considerable el desgaste orgánico, á causa de la alta temperatura que se observa durante los accesos que suele pasar de 41°;

13.

por lo que si entre cada acceso no mediase esas pausas inexplicables, las apiraxias, y la infección fuese continua ó los accesos estuviesen sostenidos largo tiempo sin que permitiesen al individuo, oportunamente debilitado durante la accesos, las fiebres intermitentes serian siempre de un pronóstico gravísimo. Y sin embargo de que lamentablemente el período de apiraxias presenta estas ventajas, vemos que los sujetos que han padecido por algun tiempo una fiebre intermitente, quedan en un estado marcado de enflaquecimiento é hidroémias.

Finalmente: en las fiebres intermitentes, existe siempre una gravedad relativa al tiempo que duran las accesos y á las condiciones individuales del paciente, por lo que se hace necesario un tratamiento que corte lo antes posible los accesos, indicando que una vez llenas, no está todo hecho, pues como son tan frecuentes las recidivas es preciso tratar de impedir las.

14. Objeto ha sido éste, desde hace mucho tiempo y lo sigue siendo, de mucho estudio por parte de eminentes profesores, sin que hasta ahora se haya adelantado gran terreno; lo cual ha dado lugar á la grande acción del charlatanismo en la composición de ciertas drogas que, vendidas á grandes precios, y debiendo tener todas ellas su origen febrifugo á la misma sustancia, aunque variadas sus formas y sus dosis, no se ha conseguido más que cortar por el pronto los accesos, y esto no siempre, repitiéndose, en la mayoría de casos, después de más ó menos tiempo.

La sustancia general; el agua de universal; la medicina serena para el tratamiento de las fiebres intermitentes, es la quina y sus preparados, de la que involucramos ligeramente la historia.

Los antiguos, dice Penonard, no conocían tratamiento alguno

15. específico contra esta enfermedad: He aquí lo que prescribe Hipócrates en las fiebres intermitentes de diversos tipos. — « Cuando uno está atormentado de la bilis, dice, todos los días tiene fiebre, que aparece al medio día y que continúa después. — En este estado, se le dará un purgante al noveno día. Si el enfermo no tiene repugnancia en la boca, es preciso hacerle evacuar por abajo, mas si está débil se le echarán lavativas. Cuando la fiebre persista se le hará tomar por la mañana Hydromel, antes de darle el purgante. En los días siguientes se le hará beber tanta agua pura cuanto pueda tomar mientras dure la fiebre. Onde que parezca que ésta ha cesado, se le dará una tercia en moricadas; después un poco de leche y de vino blanco aguada. — 2.º En las tercianas es necesario administrar un purgante después del cuarto acceso. Cuando el profesor crea que no debe purgarse al enfermo, se le hará tomar como dos curas del jugo del quinquifolio

16. en agua; si esto no le calma, un
baino y enseguida el jugo del sulfio
(ferula tingitana de Linnæo) con
trebol, en partes iguales de vino
aguado. Se mandará acostar y
tapar al enfermo para que sude.
Mientras sude, si tiene sed, se le
dará a beber agua que tenga algo
de harina de cebada. Por la tarde
tomará un poco de crema de sui-
jo y después vino. Hasta la
completa curacion buenos alimen-
tos. — 3.º En las cuartanas se
imperará por purgar la cabeza,
después por producir evacuaciones
por abajo. Durante los dos pri-
meros dias de apirexia se le da-
rá un baino y a beber vino en
el cual se haya infundido al-
gunos granos de betivo y man-
drágora con una dracma del
jugo de sulfio y de trebol.
Cuando el estomago esté repleto,
se administrará un emético. Des-
pués del acceso siguiente, a la sa-
lida del baño caliente, se le

17. cubrirá hasta que el sudor aparezca y
se le dará un segundo vomitivo. Si
la calentura no cesa, se purgará de nu-
vo la cabeza y se dan al enfermo
alimentos suaves y amargos, se conti-
núa después dándole baños tibios en
los dias de apirexia.» (1.)

El tratamiento de estas calentu-
ras, varió poco ó nada de lo mandado
por Hipócrates, hasta la mitad del
siglo diez y siete de nuestra era, sos-
teniéndose a la misma altura, nada
menos que dos mil cien años. Las calen-
turas que eran de naturaleza benigna
y venaban esporádicamente, se curaban
bastante bien después de una duracion
variable; pero las que aparecian bajo
una constitucion epidémica perniciosa,
hacian grandes estragos, succumbiendo
los enfermos al tercero ó cuarto acceso;
muchas, aun de las benignas, degeneraban,
después de resistir a todos los remedios,
en obstrucciones viscerales, hidropesias, ti-
sis, &c. que conducian a los enfermos
a la tumba de una manera lenta,
(1.) Hipócrates - *Met. de las enferm.* - lib. 2.º parafos 36, 38, 39,
y las que siguen.

18. y que sin embargo se ven algunos casos de ésto.

En 1638, la Condesa de Chinchipe, mujer del Virrey del Perú, se hallaba padeciendo una calentura que nadie podía curar.

Un español, que se cree era el Gobernador de Loja, conocido por los naturales del país de las virtudes febrífugas de la quina, aconsejó a ésta Señora que la tomase, á lo que la Condesa se resolvió después de muchos temores y recobró, como por encanto, la salud. — Éste es, al parecer, el origen mas verdadero del descubrimiento de las virtudes febrífugas de esta corteza. — La Condesa de Chinchipe y su médico Juan Lopez de Vega, trajeron á España en 1639 cierta cantidad de corteza reducida á polvo, distribuyéndola á diversas personas como un magnífico regalo. Diez años tardó en ser introducida ésta corteza en el Comercio, por los Jesuitas de Roma que habían recibido una can-

19. tidad considerable conociéndose en España con el nombre de polvos de la Condesa, y en Italia con el de polvos de los Jesuitas ó del Cardenal.

Muchos han sido después los autores que se han ocupado en el estudio y descripción de este vegetal, entre los que citaré á la Condamine, que fué el primero, Celestino Mutis, Ruiz, Pabon, Humboldt, Bonpland, — Buquet, Cornette, &c. &c.

El primero de estos, escribió acerca de esta corteza un trabajo, que sirvió de base á Linneo para trazar los caracteres del género, al cual dió el nombre de *Cinchona*, en recuerdo de la Señora que por primera vez trajo el polvo á Europa.

El español Pedro Barba, médico de Cámara de Felipe IV. y Catedrático de Valladolid, fué el primero que, con ayuda de algunos compañeros, escribió sobre las virtudes medicinales de la quina, un libro que tituló «*Vera praxis de curatione stabilitur..... &c.*» y lo hizo imprimir en Sevilla el año

20. de mil seiscientos cuarenta y dos.

En resumen: Se ensayó este vegetal en algunas enfermedades, habiendo llegado á convenirse era el específico seguro contra las calenturas y afecciones periódicas.

Se estudiaron las propiedades, caracteres y variedades de la quina, habiéndose desarrollado los conocimientos acerca de este vegetal á la altura que hoy vemos. Se dividen las quinas en cuatro clases: grises, amarillas, rojas y blancas, usándose hoy en farmacia solo las tres primeras. — Las análisis de Pelletier y Caventou, han descubierto en la quina los siguientes principios: quinato de quinina, quinato de cinconina, rojo cinconico soluble, materia colorante amarilla, materia colorante, grasa verde, quinato de cal, almídon, goma y principio leñoso. — En la quina amarilla es mas abundante la quinina, y en la gris la cinconina; por lo que la primera se usa con preferencia para el tratamiento de las fiebres.

21.

Las preparaciones bajo las cuales suele emplearse la quina, consisten en polvos, pastillas, electuarios, bolos, jirabes, tinturas, vinos, extractos, etc. etc. siendo sus principales productos inmediatos la quinina y la cinconina.

El sulfato de quinina, es el mas activo y generalmente adoptado en el tratamiento de las fiebres intermitentes; Los métodos y dosis á que esta sal se emplea, varian, segun las opiniones y segun los enfermos, pero se usa mas comunmente á la dosis, para los adultos, de medio á dos granos en el dia durante la apirexia. — Si la fiebre no desaparece, repiten la dosis, ó bien la mandan en menor cantidad para uso cotidiano durante algunos dias.

Ahora bien: Veamos su accion fisiológica y terapéutica.

La accion de la quina sobre el hombre sano no es tan inocua como algunos creen; á dosis moderadas, ocasiona en el estomago una sensacion de peso y de calor in-

22. cómodo; algunas horas después produce
tumultuos de oídos, á veces cordera, tur-
baciones de la vista y malestar ge-
neral de la cabeza. Cuando se
persiste en su empleo por algun
tiempo, da lugar á dolores intensos
en el estómago, que suelen hacerse
constantemente rebeldes. El sulfato de qui-
nina produce los mismos fenóme-
nos en los oídos y la cabeza; pero
en el estómago, en vez de la sensa-
ción de peso y calor, da lugar á un
ardor intenso, debido á la grande
irritación que causa en la mucosa
de este órgano, y cuando se per-
siste en su empleo, llega, en mi
concepto, á producir en dicha mu-
cosa un estado de sub-úlceración ó
destrucción de ésta, hiperestesiando la
acción nerviosa de dicho órgano, hi-
perestesia que da lugar á lo que un-
das veces se ha diagnosticado de gas-
tralгия en enfermos cuyo origen se
puede atribuir (tal vez con error) al
tratamiento de una fiebre intermiten-
te por medio del sulfato de quinina

23.

en cuyo uso se ha persistido.
Puede esto comprovarse en España
por medio de una atenta observación
clínica en los Baños de Sobron y
Soportilla (de los que, siendo Director
tuve ocasión de observarlos), y mejor a-
un en los de Puertollano á donde a-
ordenen estas enfermas en mayor número
y sobre lo cual mucho mejor que
yo podrá hablar su digno Direc-
tor, D. Carlos Mestre y Marral.
Pues bien: El sulfato de
quinina tiene para mí un mérito
inapreciable en contra de las fiebres
intermitentes; pero le acuso una ac-
ción cáustica tan marcada en la
membrana mucosa del estómago, y
maxime durante el paroxismo
á cuya curación se le destina, du-
rante el cual hemos visto que el
sujeto adquiere un marcado estado
general de debilidad hasta en la
misma composición de la sangre, q.
me ha obligado en mi corta prác-
tica (un tanto larga en las fiebres
intermitentes por los muchos enfer-

24. Mas que he tenido ocasion de tratar en un circulo de pueblos de la Mancha alta, donde parecia hallarse endémicamente), á adoptar un tratamiento digámoslo así, temido, hasta que acogi otro que puede llamarse especial ó específico, debido á la casualidad y á la observacion, y que ha llegado á proporcionarme setenta y tantos casos de completa curacion, sin fenomeno alguno patológico consecutivo y cuyo procedimiento consignaré más adelante.

Hallábame de partido desde el año 1872, en un pueblo de 1400 vecinos, en el que tenia una visita que nunca bajaba de treinta enfermos y muchas veces se elevaba á sesenta, setenta y aun ochenta entre visita y consulta en casa; — De estos enfermos son treinta por ciento los eran de fiebres intermitentes durante las estaciones de invierno y verano, anunciando en las de primavera y otoño.

Yo usaba el plan general, hasta que sorprendí á algunos enfer-

25. Mas haciendo uso de una preparacion líquida que les daba clandestinamente su viejo del pueblo; tube que (como es preciso en los pueblos), sin transigir con aquel tratamiento y con aquel intruso, al menos sacar de una tolerancia tácita y observadora. — Figuraba despreciablemente aquel plan, en el que al mismo tiempo creia ver ó veria buenos resultados, y dirigiéndome al viejo de que procedia obtube el secreto de su composicion, á cambio de una parte de su fabricacion de jabones q. él deseaba saber y acerca de la cual pude yo introducirle.

Fue pues en gran cantidad aquella medicacion febrífuga y con ella, dándola gratis, recibí algunas observaciones que me dieron por resultado la curacion completa de toda fiebre intermitente y hasta de alguna caguexia palúdica que por fortuna tube ocasion de poder tratar.

El plan pues, que del resultado de mis experimentos plantee es

26. el que voy á exponer.
Fundándose en lo dicho por Hrouseau de que «la fiebre intermitente es una afección neuropática, es decir, una enfermedad generalizada del sistema nervioso, consistente en un estado de viva exaltación de este,» creí primeramente indispensable la administración de alguna sustancia que produjera, digámoslo así, una especie de explosión en este sistema, que atenuase, ó mejor abuyentase por el pronto su exaltación hiperestésica, é inmediatamente después, hacer uso de una sustancia que impidiese la recidiva al mismo estado, para lo que he creído hallar los resultados con la nueva medicación antiperiódica indicada.

Así pues, administraba lo primero en el principio de la apirexia, de medio á un grano de sulfato de quinina (que ya no volvía á usar) en dos dosis, con intervalo de dos á cuatro horas; al día siguiente supre-

27. haba á administrarle una cucharada de las de café de la poción que luego indicaré, disuelta en una taza de té, por la mañana en ayunas y otra á media tarde, cuyo tratamiento había seguir por espacio de diez á quince días, sin verse repetir ningun otro acceso en los enfermos en quienes lo empleé. — Al mismo tiempo les recomendaba una alimentación nutritiva.

La composición de esta medicina específica es la que sigue:

De aloes succotrina }
De ruibarbo } añ. — Zij.
De raíz de genciana }
De cedruaria }

Pulverícese y añádase
De triaca } — — — — — Zij.
Disuélvase en alcohol de 16° y

póngase todo en dos litros de este (dejándolo por espacio de seis días, agítándolo alguna vez, y al cabo de estos se extrae el líquido colado, echando en el residuo otros dos litros de alcohol, dejándolo lo menos 15 días p.^o usarlo.

He tratado el desarrollo
de mi tema, *Elmo. Sot.*, de
una manera ~~de~~ *de* ~~de~~ *de* ~~de~~ *de*
para lo que hubiere deseado
y la cuestión exigida; Mucho
importantísimo he omitido y no
por eso habré dejado de hacer
me pesado y dado mala coordi-
nación a mi discurso, con demasia-
da extensión y menos belleza de
la que fuera de desear, pero, co-
mo dije al principio, mis fuer-
zas muy escasas para este trabajo,
solo se han empleado confiadas
en vuestra ilustrísima bondad
que mucho la he necesitado para
haber logrado ser oído con pacien-
cia, por lo que es hoy, así como
al ilustrado tribunal, las más
profundas gracias, el más eterna
reconocimiento de mi alma.

Mariano García del Rey.

Madrid 12 de Octubre de 1875.